

JAÉN ESTA EN ESTE PAÍS

«En este país hay que empezar a hablar de partidos». A mí que me registren, ¿eh?, que conste que no lo he dicho yo, sino don Joaquín Garrigues Walker. Pero lo bueno no es lo que dijo el hijo del señor ministro de Justicia sino dónde lo dijo: en Jaén. Sí, han leído bien. Cachorro Garrigues no se soltó el pelo en Barcelona, ni en Madrid, ni en el País Vasco, sino en Jaén. Hasta ahora en Jaén sólo se podían hacer anuncios de aceites más o menos vírgenes de oliva; ya en Jaén se puede hacer política, esto marcha, macho. En este país, y se dice en Jaén, ya es este país y no exclusivamente el reino de taifas de los que tienen la sartén por el

mango en el Sindicato del Olivo para anunciarnos las botellas en televisión con una portería de rugby y un tío vestido de Antonio Gades antes de irse con la Marisol a Altea, que ya son ganas de retorcimiento mental.

Para anunciar su partido, Garrigues se ha ido a Jaén. Sería de agradecer que en los próximos días los viajeros de comercio de la caduca partitocracia le dieran gusto al kilométrico y visitaran las plazas de la periferia. La democracia es más democracia anunciada en Soria; la libertad es más libertad en Orense; la justicia social es más justicia social junto a la Chanca de Almería. Y Orense, Soria y Almería son este país, aunque nos lo haya hecho olvidar el No-Do en color azul de la Era de Franco. Porque las urnas no las irán a poner solamente en Madrid. Sería una cabronada, macho. ■ F. O.



LOS EXTREMISTAS DE LA DEMOCRACIA

¡CIELOS, la democracia! Hay quien la anuncia como si fuese algo capaz de estallar. Como un bebé de nitroglicerina, que hubiese sido dado a luz en el Palacio de Oriente o sus aledaños. Hay quien ya empieza a rodearla de relativos y de pequeños y grandes límites. No me refiero al señor Girón, que la quiere orgánica. O sea, sin democracia. Me refiero a estos nuevos ricos de la política que desde ministerios y subsecretarías la están auspiciando. Parteros del bebé peligroso. Y dicen ya que debe ser «sin fascistas ni comunistas». Apenas nacida, ya la están coartando. Es maravilloso y estremecedor cuando detrás de esas palabras reconoce uno a un viejo fascista. Miren, miren a su alrededor, a esos países que tanto les gusta, y do a veces tuvieron embajadas. Miren cómo Francia, cómo Inglaterra, aceptan sus partidos fascistas, sus partidos comunistas. Miren cómo los hay —con todo entredicho— en países mal vacunados y sufrientes del antiguo fascismo, como Alemania Federal y como Italia. ¿Es que ya tienen ustedes deseos de peculiarizarnos? ¿No es usted mismo, señor nuevo rico de la política abierta, el que inventó más o menos lo de «España es diferente»?

Pero ¿a quiénes van ustedes a clasificar de fascistas y de comunistas, a qué libertades quieren ya cortar el paso diciendo «esto es fascismo, esto es comunismo»? ¿Saben ustedes lo que ha costado a Europa el anticomunismo de la posguerra? Pues le ha costado años y años de congelación de la democracia.

Acuérdese usted, puritano, de aquel brillante senador MacCarthy que implantó una dictadura si-

niestra en los Estados Unidos a costa del anticomunismo. No sea usted un democratista, un extremista de la democracia. Sea usted simplemente un demócrata.

No impida usted a los fascistas que desarrollen sus ideas del corporativismo y busquen sus salidas teóricas. Límitese, por favor, a evitar que usen de la porra, del aceite de ricino y el corte de cabellos. No olvide que, a lo mejor, han aprendido el fascismo en los libros y los artículos que usted escribió en su juventud. Deje usted, señor anti, que los comunistas desarrollen su Marx, o lo revisen, o hagan lo que quieran con sus clásicos y sus contemporáneos, con sus Lukacs y sus Gramsci, pero evite que se peguen en las calles unos y otros, o que se acechen en las esquinas nocturnas.

O bien, no diga usted que es demócrata y que trae la democracia, como un regalo de pascuas. Diga usted que trae un régimen limitado y pequeño, porque no se atreve a otra cosa, o porque no sabe hacer otra cosa. O porque no le dejan, y ya sabe usted muy bien quiénes son los que no le dejan, y no pretenda usted decir que no existen. Pero si se empeña en ser demócrata, apréndase usted bien el oficio y la doctrina. La democracia no excluye a nadie. La democracia respeta a las minorías. A todas las minorías. Y no se olviden ustedes, neopolíticos, de que ustedes mismos proceden de una minoría y son una minoría. No se crean ya que son el todo, por favor. Porque los demás no estamos dispuestos a creérmolo. Aunque les tengamos muchísimo respeto.

No sean simples, por favor... ■ POZUELO

FRAGA, «IN PECTORE»

La Nueva Era debe estar siendo construida por el psicólogo de Dragados y Construcciones o por el técnico de masas obreras de Agromán. Un buen conocedor del personal tiene que haber detrás de todo esto. Hacernos creer a todos que algo ha cambiado cuando tengo aquí la última edición de las Leyes Fundamentales y me ha dicho mi librero que no, que esa es la que vale, que no ha salido ninguna otra después, ya es mérito. Los gestos. A eso es a lo que le están sacando partido. Tiene que haber por ahí detrás de las cortinas un Uri Geller que está doblándonos todas las cucharillas totalitarias.

Son cosas de nada, pero que hacen decir al personal que esto es otra cosa. Es que en el banquete real sólo se consumieran productos españoles y don Fernando Fuertes de Villavicencio no mandara comprar a quienes nos ofenden. (¿O resulta que no, que ya no nos ofenden, que en estas cosas uno nunca sabe?). Es que hayan desaparecido las camisas azules, las gafas oscuras, las blancas guerreras de la línea de mando y de servicio. Es que la señorita diga que tenemos la línea de mando ocupada, le llamaremos dentro de dos semanas, dos meses, dos años.

Es que el cortefiel de la política haya decretado para esta nueva